

sola palabra dilatan ya tanto el temido instante último que éste parece no tener fin... En efecto, desde el comienzo de los tiempos se ha poe-tizado sobre esta misma inquietud, una tradición del desaliento a la que se adscribe Georg Trakl, un eco más, otra generación que prosigue durante siglos o milenios el mismo grito de vida doliente que requiere ser expiada en este magnífico sacrificio final, consumiéndose una y otra vez este último instante, el último segundo del tiempo hasta que no quede memoria, hasta que las formas se desintegren, hasta regresar al orden inmóvil primero.

Aquél sin embargo bajó los
pétreos peldaños del
Monte de los Monjes,
una sonrisa azulada en el
rostro y en la extraña crisálida
de su más silente infancia
y murió;
y atrás quedó en el jardín
el argénteo rostro del amigo
escuchando en la fronda
o en la vieja roca.

El amigo desciende hacia el mundo que se esconde más debajo de la tierra, se adentra por las puertas del Ténaro hasta el reino de las sombras, a donde antes o después van a parar todos los que nacieron mortales. De la misma forma la palabra de Georg Trakl se armará de valor y descenderá; como su amigo queda absorbido por las entrañas de lo

desconocido, comparecerá su palabra ante la muerte; y tal que la crisálida extinguida prematuramente, las imágenes desquiciadas del poeta –deshabitadas por completo de lo terrestre, situadas en una tierra fronteriza en la que sueño y vigilia, vida y muerte se confunden– aprenderán a denunciar lo intolerable de la pérdida. Como Heidegger señaló, lo propio de la poesía es dar cuenta de la penuria de cada época, para lo que es indispensable el descenso a la noche del mundo, al lado de la vida que no podemos ver pero sin el cual la vida no cobraría sentido verdadero. Una época especialmente sensible a esta visión desolada y angustiosa de la existencia fue la del imperio austrohúngaro desde fines del XIX hasta el ascenso del nazismo. Pero sólo veintisiete años le bastaron a Georg Trakl [1887-1914] para reconocer el desgarramiento del mundo, de la sociedad y del yo, para engendrar en su seno la misma pesadumbre que leyó en Schopenhauer o Nietzsche, la misma tragedia de la conciencia moderna que a otros de sus contemporáneos –Musil, Hofmannsthal, Kraus, Loos, Kokoschka, Schiele, Schönberg y Kubin, entre otros– condujo a huir del Apocalipsis que los rodeaba y sumergirse en las regiones más oscuras de la psique. Todos los infortunios de la vida de Georg Trakl –las crisis y depresiones, el desahogo en la droga y el

alcohol, el incesto, la prostitución, su incapacidad para adaptarse a la vida burguesa, los horrores de la guerra, sus intentos de suicidio, la locura última o la sobredosis que acaba con su vida— emergen en sus personajes dementes —toda una variopinta cabalgata de desheredados del mundo a través de los cuales el poeta se reconcilia consigo mismo—, en el temor constante por el Juicio Final, en la melancolía de su *soledad estrellada*, en el entenebrecimiento, los ocasos y los interminables cantos a la noche de sus poemas. Como las olas que rompen sobre la misma arena ignorantes de su aciago reanudarse, la voz de Georg Trakl prorrumpe en letanías ya proferidas, insiste en el fondo infinito y sofocante del azul, en la llamada del bosque negro, en la sombra inquietante de los pájaros, en el manto pardo de las tinieblas, en la aparición de los ángeles de fuego, en los purpúreos cabellos de un durmiente o en los rostros delirantes de los murciélagos... En definitiva, en todo eso que se va sin dejar huella y constituye *sólo un tormento inútil* del que no podrá nunca liberarse.

Al atardecer volviose anciano el padre; en oscuras habitaciones se petrificó el rostro de la madre y sobre el muchacho pesó la maldición de la decadente estirpe. A veces se acordaba de su infancia llena de enfermedad, espanto y

tiniebla, juegos secretos en el jardín de estrellas, o de que él alimentaba las ratas en el patio crepuscular. De azul espejo salía la esbelta figura de la hermana y él se precipitaba como muerto en la oscuridad. De noche se abría su boca como un fruto rojo y las estrellas brillaban sobre su duelo sin palabras.

Tal vez una visión pesimista del mundo como ésta pueda constituir —aunque a simple vista no lo parezca— la más alta afirmación de la vida, si entendemos que además de los muchos encantos que pueda ofrecernos, hay que contar y aceptar otros aspectos, como el devenir y la aniquilación, que forman parte indisoluble de ella. Ante esto, la escritura supone para Georg Trakl el único madero al que asirse cuando no sólo un imperio, sino la noción básica del hombre y del mundo se desmoronan ante sus ojos. El arte lo salva del espantoso cataclismo de la historia y, a un paso de dejarse absorber por el nihilismo, queda prendido de esta especie de pasión necrofílica. Simbolista, su poesía sufre aquí y allá los fogonazos expresionistas de imágenes desgarradoras, llenas de voluptuosa decadencia. «Tu poesía una expiación imperfecta», señala sobre su propio trabajo el autor. En épocas impías como la suya, Georg Trakl alza la palabra para dar cuenta —como Hermann Broch— de todas nuestras

negligencias, atraída por los sórdidos y miserables abismos del ser; porque reconoce que el hombre, él mismo, no es inocente, porque el pecado original ha sido cometido, porque nada más le resta que clamar redención.

Marianela Navarro Santos

El nuevo ciclo poético de Carlos Marzal*

Con sus tres primeros libros, Carlos Marzal (Valencia, 1961) había entonado un discurso poético muy coherente y cada vez más rotundo en su emoción y en su sentido existencial. *El último de la fiesta* (1987), *La vida de frontera* (1991) y *Los países nocturnos* (1996) contenían una poesía de estructuración narrativa en torno a una serie de experiencias biográficas personales, a las que el yo poético añadía una imprevisible reflexión lúcida que manifestaba insistentemente, con agrio desengaño, el sinsentido del humano vivir. La anécdota raíz de su intuición poética se iba adelgazando de un libro a otro, a medida que la reflexión emotiva permeaba

más eficazmente las distintas capas del poema.

Ahora, en este esperado y extenso volumen, titulado *Metales pesados*, observamos que Marzal se ha sentido en la necesidad de reemprender su investigación en la realidad, la misma y multiforme realidad de siempre, bajo una nueva óptica poética, que arroja consecuencias inéditas para el lector y nos permite hablar de un nuevo ciclo, una nueva forma de mirar al mundo que, si no contradice todo lo anterior, sí que explora una gran cantidad de nuevas posibilidades para el pensamiento y la palabra.

De entrada el libro aparenta ser una indagación filosófica de más hondo calado, aunque sin la abstracción propia del saber filosófico. Y esta apariencia se confirma en realidad cumplida y aún más satisfactoria al acabar la lectura. En efecto, Marzal ha engrosado el perfil reflexivo de su escritura anterior de modo que el poema, además de más extenso y discursivo, sin caer en el intelectualismo antipoético, se distancia casi siempre de la anécdota biográfica para adentrarse en un nivel de observación más amplio y totalizador. De forma ciertamente contrapuntística a esta reflexión poemática, encontraremos otras composiciones, sobre todo en la cuarta y última sección, donde la idea se disuelve en canto, en delirio órfico que celebra el hallazgo del bien y de la belleza sin detenerse en la meditación racional.

* *Metales pesados*, Barcelona, Tusquets, Colección «Nuevos textos sagrados», 2001, 162 pp.

Esta novedad tan visible en los tipos de discurso poético empleados se sustenta en una nueva posición frente a la vida, que no reniega de las convicciones expuestas en los libros anteriores, pero sí las sitúa en un distinto nivel de exploración sapiencial para extraer de ellas una más luminosa conciencia sobre la existencia humana. Partiendo, pues, del sinsentido último que percibe el poeta en nuestra vida, Marzal trata ahora de encontrar un lugar en el mundo que le haga más habitable la incurable fragilidad de todo cuanto existe. Olvidará conscientemente el destino fatal de la realidad suya y ajena para gozar de la instantánea armonía de su vida actual, que se proyecta sobre aquella sombra universal y con frecuencia, luminosamente, la anula por completo.

El tiempo, que destruye todo nuestro afán de permanencia, sigue siendo el agente del cambio y de la destrucción. Pero esa fuerza maligna que actúa sobre todos también es fuente de conocimiento. De aquí parte el poeta: de la indagación en la posibilidad de hallar un conocimiento estable y definitivo sobre el hombre y el mundo. Y pronto advierte que, puesto que el tiempo influye sobre todo, tal conocimiento nos llegará al engaño, hasta el punto de que ese sinsentido existencial deja de abrumarnos y muchas veces nos pasará inadvertido. El pensamiento, el conocimiento estable y universal, de ser posible, nos

conduce a la esencia más cruda de nuestra condición: «(...) el desaliento / es un acceso agudo del pensar, / un episodio de clarividencia, / y no hay ningún pensar clarividente / que no termine siempre en desaliento» («No he vuelto a ser el mismo desde entonces», p. 90). Pero ese pensamiento, como todas las grandes verdades, es fugaz y, en cuanto tal, engañoso: «La voluntad, la vida, el pensamiento / son esta fantasmal pirámide en el viento» («La arquitectura del aire», p. 429). Asentada esta verdad y su consiguiente posibilidad de error, pues el tiempo todo lo transmuta, el yo poético de este libro no dudará en aventurarse a gozar de los instantes más jubilosos que propicia nuestra existencia temporal; y a pesar del engaño que tales experiencias puedan encubrir, las apariencias se tornan tan confortables como las frágiles verdades. De ahí que el yo poético se complazca en el ansia de eternidad que suscita un hermoso amanecer o una satisfactoria unión sexual; en la promisorio vitalidad del fuego, de la desnudez de los cuerpos, del misterio anudado en el sexo femenino, es decir, en todos los fenómenos inflamados por la pasión, a donde la luz de la inteligencia no llega con su fatal aviso. De todos estos ámbitos extrae el poeta una percepción de la armonía cósmica que la conciencia lúcida, por sí sola, le había hecho imposible. Y, puestos a desear más